

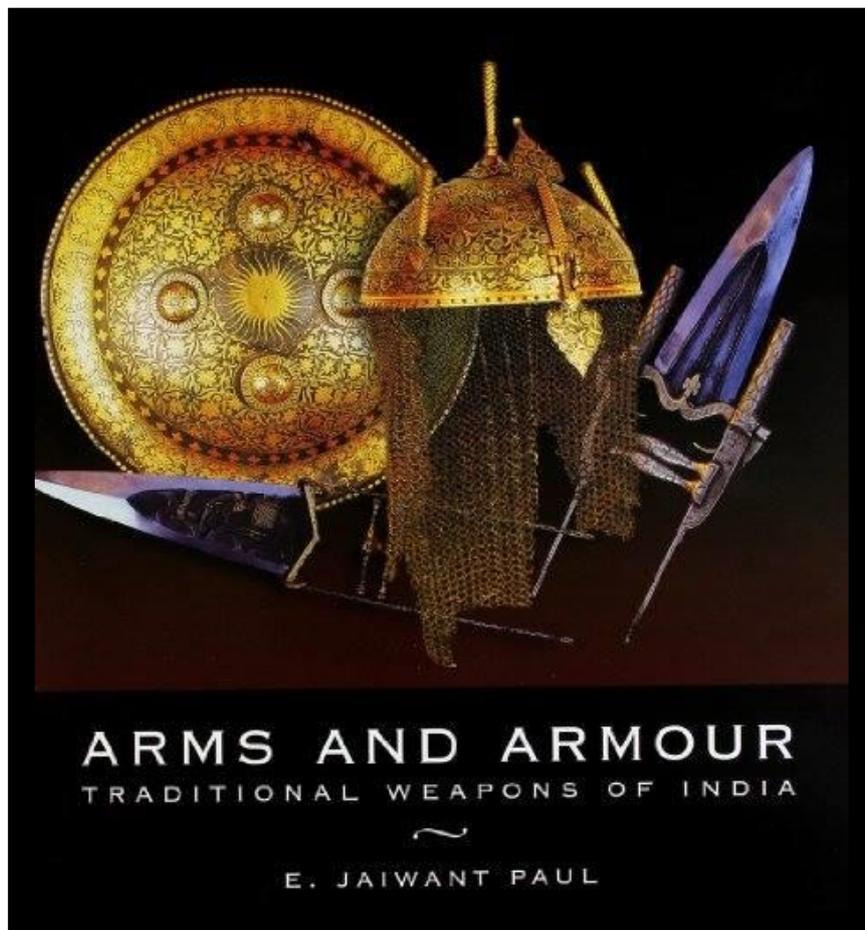
## Primeras espadas en el norte de la India



**Kenshinkan dôjô 2018**

Antes de marchar había leído ya algunos títulos más que sugerentes. Sí, un puñado de buenos libros que cualquier viajero que pretenda adentrarse en la India profunda debería guardar en su equipaje: *"Viaje al Gran Mogol, Indostán y Cachemira"*, del francés Francois Bernier; *"Arms and armours: traditional weapons in India"*, de E. Jaiwant Paul; "Donde los dioses son piedras", de Norman Lewis; *"Viaje más allá de los tres mares"*, de Afanasi Nikitin; y, desde luego, me había deleitado mirando los álbumes fotográficos de Lala Deen Dayal.

Todos ellos me acompañarían en mi nuevo periplo: un viaje en el que visitaría Delhi y atravesaría Uttar Pradesh, Madhya Pradesh y Orissa.



Aunque nunca permanecí mucho tiempo en Nueva Delhi, por resultarme una ciudad tremendamente difícil, sabía de primera mano que guardaba con celo en el interior de sus museos el recuerdo de un rico y remoto pasado y, a pie de calle, el fruto arquitectónico de un tiempo de esplendor ya pretérito, unos siglos en los que el Imperio Mogol habría gobernado la India y en los que florecería, no solo la arquitectura, que gestaría algunas de las construcciones más emblemáticas del país, sino también las finas artes y las ciencias, actividades que potenciarían los

distintos dirigentes mogoles conformando uno de los episodios más interesantes de la historia del Subcontinente.

Mi idea era detenerme unos días en la capital para pasar unas horas en el Museo Nacional de Historia y ver con mis propios ojos las hojas de espada fabricadas en cobre y bronce rescatadas de las ruinas de Mohenjo Daro y Harappa. Después, quería visitar el Fuerte Viejo -Purana Qila- y el impresionante Fuerte Rojo: dos vestigios extraordinarios de la historia india.

Más allá de Delhi no podía dejar de lado Agra, en Uttar Pradesh, una ciudad que por razones muy personales había evitado en mis anteriores estancias (una de ellas, quizá la más destacada, evitar la enorme cantidad de visitantes que cada año se desplaza hacia la antigua capital del Imperio Mogol para admirar el Taj Mahal, una de las joyas del Patrimonio de la Humanidad en suelo indio) pero que yo tenía asociada a la práctica del khusti, una de las Artes Marciales indias de mayor popularidad cuyas demostraciones públicas aglutinan a cientos de aficionados. Este Arte Marcial, que había estudiado con anterioridad en la ciudad de Benarés, hundía sus raíces en los pueblos conquistadores musulmanes que habían ocupado India en distintas etapas de su historia.

Mi siguiente destino, situado al sur de Agra, sería Khajuraho, en Madhya Pradesh. Sus impresionantes templos, construidos entre los siglos X y XI por los reyes de Bundelkhand pertenecientes al clan de los Chandela, una de las tribus de los Rajputs, merecían no una visita fugaz sino todo un viaje. El estudio de sus bajorrelieves era de mucho interés para mi investigación. Había, en efecto, mucho donde mirar, pues, aún en la actualidad, son más de veinte las construcciones religiosas que permanecen en pie de un total de más de ochenta templos de los que el registro arqueológico tiene constancia. No me defraudaron.

La escultura es una de las piezas clave para estudiar el desarrollo de las armas y de las Artes Marciales en el norte de la India y éste era también uno de mis objetivos al dirigirme a Khajuraho, un espacio sagrado conocido mundialmente por sus esculturas con contenido erótico que guardaba, además, muchos otros secretos para el viajero con capacidad de observación y curiosidad.

Mi viaje culminaría en Orissa, en la costa oriental del país, una de las zonas más deprimidas de la India en la que aún coexisten algunas de las tribus drávidas más emblemáticas, tales como: Murias, Saoras, Parajas, Godba, Mirigan, Kova, Bunda, Hondh.

Llegaría a Orissa al calor del libro de aquel gran escritor de viajes que fuera Norman Lewis. Su magnífica obra me había tocado en lo más hondo del corazón y aunque no me detendría el tiempo que merecía aquel rincón de la India sí quería, al menos, acercarme a Bhubaneswar, su capital, situada muy cerca de las cuevas de Kandagiri y Udaigiri, unos lugares que contienen algunos de los frescos más importantes y solicitados si uno pretende entender el desarrollo de la espada en aquél país.

Otros de los atractivos que para mí tenía el Estado de Orissa eran sus viejas Artes Marciales, como el *paika akhada* o el *lalai*, unas formas de lucha que están hoy en claro retroceso, constituyendo un ejemplo más de la deriva de muchos saberes populares -danzas, baladas, teatros- que fueron en su día parte esencial de los pueblos tradicionales y que en la actualidad están siendo relegados por actividades más modernas, importadas y competitivas. Existen en India otros ejemplos de esta situación, como sucede con el *kathi samu*, de Andra Pradesh, o el *thangta*, de Manipur, en el extremo más oriental del país.

Había cogido una habitación en un hotel no muy lejos de *Connaught Place* –uno de los centros neurálgicos de Nueva Delhi- y aunque la distancia que me separaba del Museo Nacional no era excesivamente grande todo cambia cuando hay que sortear los avatares más cotidianos que se suceden al caminar por las calles de las grandes ciudades indias, y no me refiero solo al tráfico –hay muy pocos semáforos, incluso en la capital- sino a quienes te abordan a plena luz del día para solicitarte cualquier cosa –una limosna, limpiarte los zapatos, solucionarte un problema de oído, venderte un producto cualquiera, llevarte al bazar, ofrecerte un hotel con ventajas, alquilarte bicicletas, hablar inglés y practicar el idioma que te atrevas a proponer, rivalizar contigo con su más que probado seguidismo madridista o azulgrana, etcétera. En la vía pública el acecho al viajero es inmediato y hay que aprender a desplazarse con esa presión añadida.

A primera hora de la mañana, con un ejemplar bajo el brazo de “*Arms and armours: traditional weapons in India*”, me encaminé hacia mi primer destino.

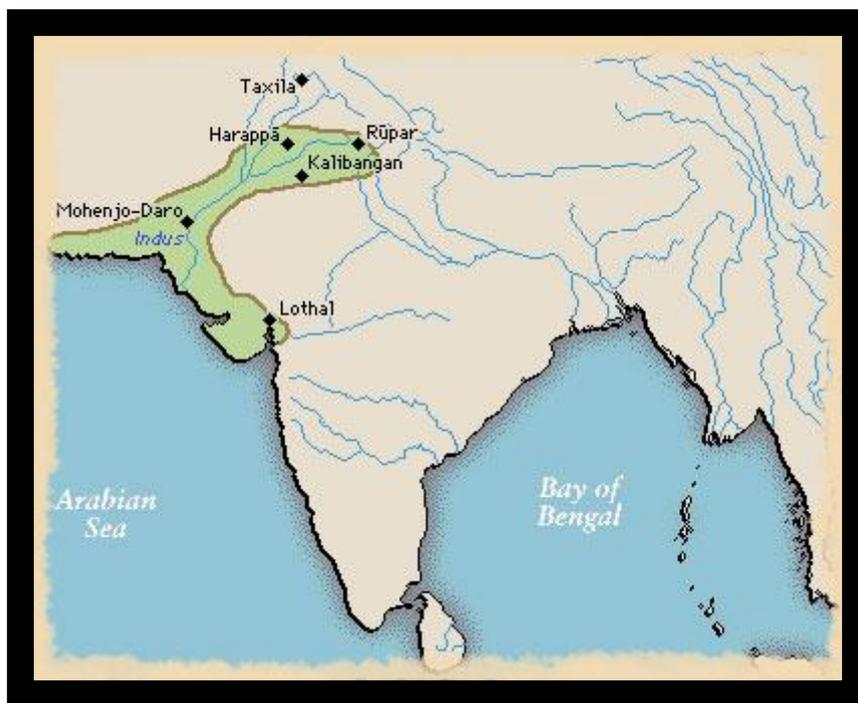
El Museo Nacional de Nueva Delhi expone ejemplares procedentes de yacimientos arqueológicos de todo el territorio nacional pero, de entre todos aquellos tesoros, mi principal objetivo estaba focalizado en las espadas y arpones fechados en el tercer milenio antes de nuestra Era. Sí. Aquellas piezas de Arqueología eran mucho más que meras herramientas de caza, pesca o guerra, suponían un testimonio directo de la primera Civilización del valle del Indo y, desde luego, eran las espadas más antiguas rescatadas del olvido en tierras del Subcontinente.

En su excelente trabajo, E. Jaiwant Paul nos adentra en la epopeya de la espada y lo hace a través de un recorrido que abarca toda la extensa geografía del país. El autor nos conduce desde la Civilización del Valle del Indo a la Edad Contemporánea, desgranando, en un viaje apasionante, la historia de este elemento tan cargado de simbología. Al mismo tiempo, siguiendo una estela no limitada a la mera anotación de los muchos acontecimientos históricos de la vasta cultura india, nos introduce en otras formas de arte en las que las armas también dejaron huella, unas manifestaciones artísticas que, en muchos casos y debido a la escasez de piezas en óptimo estado de conservación, resultan ser elementos indispensables para acometer, con un mínimo de rigor, la evolución de la espada en India. Para conseguirlo, nuestro escritor investiga en la literatura clásica, la pintura, las miniaturas medievales, la escultura o la numismática.

La sombra de la Civilización es muy alargada en el Subcontinente Indio. Desde el Neolítico temprano se iría gestando en las fértiles tierras del Valle del Indo la que

llegaría a ser una de las primeras civilizaciones del mundo. En efecto, la datación de aquella Civilización primigenia está fechada en 2800 a. C.

Aunque aquella cultura estuvo marcada por las importantes ciudades de Harappa y Mohenjo Daro, vestigios anteriores demuestran que los asentamientos humanos fueron un hecho en el VI milenio a. C. Son más de cien los núcleos urbanos que podrían haber conformado aquella próspera Civilización, un gran número de ciudades que se extenderían a lo largo de un inmenso territorio en el que hoy se asientan los países de Afganistán, Pakistán e India, ocupando más de un millón de kilómetros cuadrados que irían desde las estribaciones del Himalaya al Océano Índico.

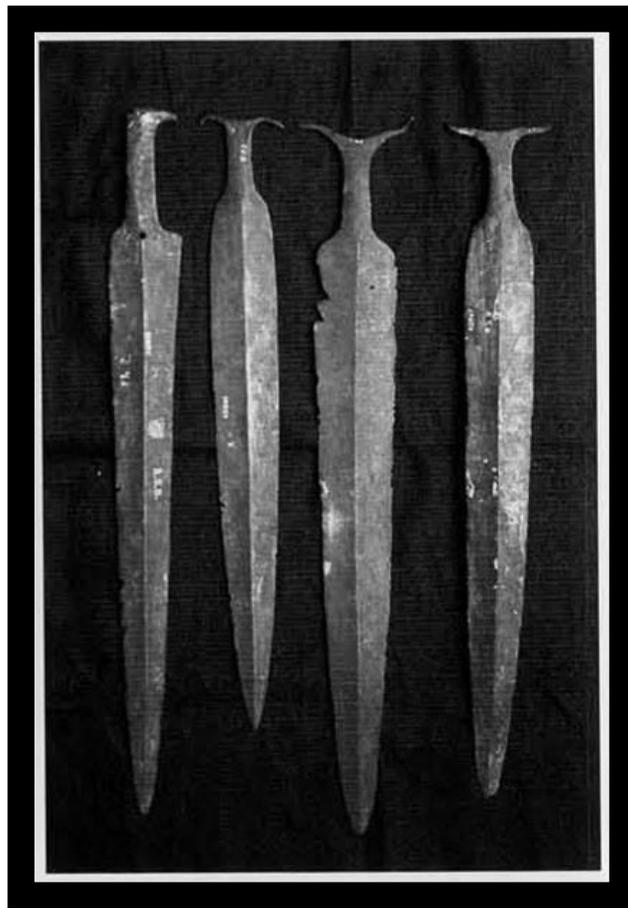


Las ciudades del Indo contarían con una perfecta organización, con un diseño planificado de calles, plazas, ciudadelas, baños, canales y saneamientos; en ellas se distribuirían claramente las actividades laborales –agricultura o metalurgia; habrían desarrollado un comercio interior dinámico y otro, exterior, relacionado con territorios tan alejados como Elam, Sumer o Egipto; además, poseerían escritura propia, sellos y artesanía.

Las armas conservadas, pertenecientes a aquella época tan antigua, incluyen: hachas, lanzas, mazas, hondas, arcos, flechas, dagas y espadas, todas ellas fabricadas en cobre o bronce. Como característica principal de aquellas espadas cabe destacar su tamaño, pues todas ellas son más cortas que las aparecidas en períodos posteriores.

Se cree que la fabricación de armas en el Valle del Indo no estaba tan desarrollada como en la vecina Civilización de Mesopotamia. Una razón, muy debatida por los especialistas, asegura que los habitantes de aquella primera civilización eran, antes que nada, gentes de paz, y que el concepto guerrero no tendría cabida en su cultura.

Muy posteriores, aunque datadas en el 2000 a. C., las conocidas como “*espadas de antenas*” pertenecientes a la “*Cultura de los Depósitos de Cobre*”, se fabricarían también en ese metal. Este tipo de espadas serían largas, de doble filo y con una gran costilla medial. En los ejemplares registrados la empuñadura se bifurca, como lo hacen las antenas de los insectos, de donde toman su nombre. Lo más característico de estas armas es que empuñadura y hoja están fabricadas en una sola pieza. En el Museo Nacional de Nueva Delhi pueden observarse ejemplares procedentes de estas culturas primigenias.



A las espadas de antena de cobre les sucedieron las de hierro, un metal mucho más resistente y capaz de mantener un filo eficiente en su encuentro con otras hojas de espada. El hierro se conserva más y mejor que el cobre y es, por tanto, más apropiado para la fabricación de armas y herramientas.

E. Jaiwant Paul clasifica los ejemplares de esta etapa en dos categorías: espadas destinadas a empujar y pinchar, con hojas que se estrechaban en el centro y se ensanchaban cerca de la punta, y un segundo tipo de espadas, con bordes paralelos y rectos, que terminarían en punta. Ambas formas tendrían un guardamano plano y un tope, también plano, en su extremo, para poder empuñarse con firmeza. Existía también una variable de estas dos armas: una espada con forma de cuchara.

Otro yacimiento de interés es Hastinapur, situado al norte de Nueva Delhi, donde llegué de regreso de un viaje por Haridwar, Rishikesh, Kedarnat y Gangotri. En este lugar los restos más antiguos que han podido rescatarse datan de la primera mitad del segundo milenio antes de nuestra Era. El ajuar desenterrado está compuesto de un total de 135 objetos de hierro que incluiría: flechas y puntas de lanza, tenazas, ganchos, hachas y cuchillos.



Estos objetos y otros más, hallados en el conjunto arqueológico de Kurukshetra, en Haryana, demuestran una industria muy desarrollada para aquel momento.

El siguiente estadio de investigación correspondería a las espadas pertenecientes a los períodos Kushan, Maurya y Gupta. En Gandhara el tipo de espada sería la romanizada, de hoja corta y costilla central. Estas armas tenían empuñaduras con un pomo de plataforma pequeño y poseían una sencilla banda protectora.

Las espadas que aparecen en Mathura tienen, en su mayor parte, un pomo de plataforma más ancho y un anillo de protección en la base de la hoja. En Mathura aparecen también otras espadas que no son de tipo indio, sino del estilo utilizado en Asia Central, con mayores proporciones de lo que era habitual en el norte de India en aquellos tiempos. El mismo John Marshall, eminente arqueólogo inglés

que dirigiera durante décadas el Servicio de Arqueología de la India, rescataría en el yacimiento de Taxila espadas de estilo romano datadas en el siglo II.

En relación a las armas del Imperio Gupta los trabajos de identificación están centrados en la numismática y en las inscripciones en piedra, apareciendo en ellas diferentes armas de guerra tales como: parasu (hacha), sara (flecha), sanku (lanza), prasa (dardo), asi (espada), toamra (bastón de hierro), bhindipala (jabalina), naracha (flecha de hierro) o vaitastika (cimitarra).

Existe un gran vacío en los tiempos posteriores a estos imperios, el diseño de espadas retrocedió, se estancaría y volvería a los patrones que le sirvieran de referencia en sus orígenes.

No sería hasta el siglo IX con la llegada de los pueblos Rajputs que se volverían a diseñar nuevas espadas y el arte resurgiría con fuerza hasta llegar al que sería su momento cúlmine, un hecho que ocurriría con la irrupción de los mogoles en el siglo XVI.

**Pedro Martín González**

**Kenshinkan dôjô 2018**